

NIPPUR de LAGASH

# EL DIOS NEGRO Y EL HOMBRE

Por ROBIN WOOD





Todo aconteció y se desarrolló tal vez debido a aquel pequeño arroyuelo que encontré surgiendo entre las rocas. Hacía mucho que yo no veía agua como ésta, clara, cristalina, corriendo sobre un lecho de piedras pulidas... Me detuve por esa agua...



( Podría quedarme aquí algunos días... Parece haber buena caza... )



( Podré armar mi campamento en aquel bosquecillo. Además los caballos necesitan descansar. )



Tal como lo pensé lo hice. Encontré un pequeño valle para mis animales y lo cerré con una empalizada de troncos.

( Aquí estarán bien... )



( Y ahora me procuraré algo de comer... )



( Mira eso. Mira mi cena cómo aletea. Mira cómo salta y planea... )



( Mira cómo ahora dejará de hacerlo. )



( Muy bien, Nippur. Veo que a pesar de que el tiempo corre, tu brazo se conserva firme aún. )



Esa noche se repitió una vez más, una entre muchas otras, la escena tan familiar de la carne sobre el fuego, del picante olor de la leña, del chirriar de la grasa goteando sobre las brasas. La escena vieja y siempre nueva. La hora del solitario que mira sus recuerdos gestarse en el fuego de su campamento.

Comí con gusto y bebí vino. Luego apagué el fuego con cuidado y me alejé para dormir. Nunca duermo cerca de los fuegos de mi campamento. Soy un guerrero que ama la vida y un fuego encendido es siempre excelente guía para los ladrones de los alrededores.



(Debo emprender de una vez por todas mi viaje hacia Akad. Ya he encontrado tres mensajes de Sargón pidiéndome que vaya a verlo.)



(Mi amigo Sargón... Tiene problemas con los reyes vecinos y ya ha sostenido algunas escaramuzas contra ellos. En cualquier momento comenzará la guerra. Y cuando eso ocurra necesitará tener generales expertos.)



(Y no los tiene. Por eso me busca. Debería ir. Es mi amigo.)



(Pero no me agrada la idea de ver guerra otra vez. Ver sangre, saqueo y fuego. El dolor y la muerte con su alucinante cosecha. Sin embargo debería ir...)



(¿Y eso? He oído algo...)



(Veamos. Me gusta conocer el origen de los rumores cercanos a mi casa.)



Me deslicé con mucha cautela por entre los arbustos y follajes del bosque hasta que...



(Allí hay alguien. Parecen guerreros...)

(¿Y traen a una joven con ellos.)



(Esto tiene aspecto sombrío. Siento olor a hierro en el aire.)

No me equivoqué. Reconocí una silueta pesada y grasa que cargaba un hacha de piedra. Un hacha de ejecución. Las antorchas chisporroteaban dando una luz malsana...



( Como si tuvieran miedo a algo... )

Apúrate con esto, Faos. No me gusta estar aquí. Esto está lleno de demonios. Apúrate.



Vi al verdugo, empujar a la joven. Esta no vaciló. Caminó con decisión y rechazó con rabia el empujón de la mano del llamado Faos.

¡No me toques! ¡No te atrevas! Mátame, sí. Tocarme, no.



(Tiene orgullo y es valiente. ¿Dejaré que maten a una mujer con esas virtudes? No. No lo permitiré.)



(¿Qué ha dicho recién ése? Habló de espíritus... Tal vez podría intentar...)



La sola idea me hizo reír entre dientes en el matorral.

(Creo que el susto les hará humear los cascos y los hará correr hasta los extremos de los países conocidos.)



¡Aaaaaghhhh!

Sofrené mi risa pues ví al verdugo aprestando su hacha. El silencio era impresionante y muy adecuado para mis intenciones. Junté aire y luego lancé un alarido que hubiera helado la sangre en las venas de cualquier ser viviente.



¿Qué es eso?

¡Demonios! ¡Veo relucir sus ojos en la noche!



Grité con más fuerzas aún, aunque a veces con el alarido se mezclaba una carcajada pues la situación me resultaba intolerablemente cómica. Hasta que...

¡Huyamos o nos devorarán!



¡Quietos! ¡Hay que ejecutar a la condenada!

¡Hazlo tú!



Creo que el hombre estaba tan asustado como el que más, pero o era un valiente o había otra cosa que lo asustaba más que mis gritos. Corrió hacia la joven tironeando de su espada...

¡Debo cumplir con la...!

Recogí una pesada piedra del suelo, admirado de su torpeza y terquedad...

Hoy no cumplirás ninguna orden, bravo adversario de cabras y ovejas.

Incluso desde mi escondite pude oír claramente el retumbar de la piedra cuando acertó. Soy un buen lanzador, hasta con armas de pastor.

¡Ah!

(Los demonios... me atacan... Debo huir...)

Olvidándose de su espumarajo de valor giró sobre sus talones y huyó con la velocidad del viento, si es que realmente existía un viento capaz de rivalizar con él.

No, no dejes de correr. Corre o los espíritus malignos te morderán.

¿Quién eres tú? ¿Eres acaso un demonio de la noche?

Lo soy solamente en la medida de mi mal carácter o de mi estómago vacío, muchacha. ¿Quién eres tú?

Me llamo Alana, de la gente de Kuhr, los que guardan ganado más allá de los dos valles sin agua.

Yo soy Nippur de Lagash. Y esos hombres que te traían, ¿quiénes eran?

Son gente del templo del Padre Negro, el amo de las cosechas y de las lluvias. Vinieron a buscarme para que fuera sacerdotisa en el templo y me negué. Boras, el sacerdote, quiso llevarme a la fuerza...

... y yo le pegué con una piedra en la cara. Creo haberle partido algunos dientes. Mucho daño no pude hacerle, pues bastante feo era ya.

¿Y ahora qué harás?

No sé. No me atrevo a volver al pueblo. Nadie me protegerá contra la gente de Boras. Temen su poder y la protección del Padre Negro. Tendré que seguir las rutas de las caravanas...

Me gustaría conocer tu pueblo. Si yo voy, ¿vienes conmigo?

Se le iluminaron los ojos y palmoteó feliz.

¡Oh, sí! Contigo me siento segura. No creo que Boras desee arriesgar a sus guardianes contra ti.

Entonces, recuéstate ahora y duerme. Mañana marcharemos para hablar con Boras.

En la mañana siguiente, montamos en mi carro de batalla y bajamos desde el valle donde yo acampara. Mientras viajábamos, Alana abrió la boca y no hizo falta que lo hiciera por segunda vez puesto que no volvió a cerrarla en todo lo que duró el viaje: —Y un día Boras aseguró que el dios se le había aparecido y ordenado que le levantara un templo junto al gran precipicio que hay al final del valle...

... y la gente se rió de él, pero entonces el gran ídolo atronó y salieron llamas por sus ojos y al día siguiente muchos de los que se habían reído de él amanecieron muertos con las caras verdes...

... y nadie más se rió y Boras anunció que la lluvia vendría y la lluvia vino y entonces lo respetaron aún más y le hicieron ofrendas y entonces Boras contrató a los hombres más fuertes de una expedición que pasó por el sendero y estos soldados se quedaron con él...

(¡Voto a Zeus! ¿Para qué diablos querria Boras a esta gorriona? Volveria loco a un hombre en pocos días.)

Allí está el pueblo, Nippur.

Y allí está el templo... y el Padre Negro.

Quedé helado de sorpresa al ver aquella gran mole sombría que se alzaba del otro lado de un abismo, entre inmensas rocas lavadas por la lluvia y el sol. Incluso en pleno día la maligna influencia que desprendía me alcanzaba.

Es horrible. ¿Y dices que ese ídolo tiene vida?

Cuando alguien desobedece a Boras, el ídolo tiembla y escupe fuego y golpea con los brazos. A veces se le lleva a algún desobediente y él mismo lo destroza de un golpe con sus manos.

¡Alana! ¡Alana! ¿Eres tú?

¡Padre!

Me mantuve alejado para no cohibirlos en sus demostraciones de alegría. Por fin, ellos se acercaron y...

Me ha contado mi hija lo que hiciste. Si un reino tuviera, no sería suficiente para premiarte por devolverme a esta hija mía tan querida a pesar de su fantástica lengua.

¡Tu hija está condenada, de manera que no bebas un vino que aún no tienes en la copa, viejo! ¡Ni beses una mejilla que ya está casi muerta! ¡Entrega a tu hija a mis hombres!

¿Boras?

Sí.

¡Ven aquí, perra! ¡Ven!

Oye...

¿Qué?

¡Ahhhh!

¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a enfrentarte con los enviados del Padre Negro? ¡Su cólera te ahogará!

No creo en los dioses locos de cólera, Boras. He visto a muchos de ellos y la más de las veces sólo he visto a los hombres violentos tras la fachada del dios. No me echas a mí tus dichos. Soy un perro que no muerde esos huesos.

Tengo a mis guerreros.

Guárdatelos. Acabar con ellos no justificaría ni siquiera el trabajo de desenvainar mi espada. No. Guárdalos.

Calló un momento meditando seguramente mis palabras. No era un hombre con arena en el cerebro, pues estos nunca llegan a lo que él llegó. Sorpresivamente sonrió. Tenía los dientes rotos. Recordé la pedrada de que hablara Alana.

Está bien.

Nada haré yo y nada harán mis hombres. Será el dios el que llegará a ti.

No me burlé de él. Por encima de sus palabras flotaba un jugo negro de muerte y amenaza. Había reptiles en sus diseños.

Esperaré a tu dios, Boras. Mi espada también tiene magia.



Se alejó rodeado de sus guardias en dirección al precario puente de cuerdas que unía la aldea con el templo. Una vez volvió la cabeza y me miró. Luego comenzó a cruzar el puente...



(Este hombre es peligroso. Es un hombre que piensa. Y es como ciertas lanzas. Tiene filo de un solo lado.)

(El lado del mal...)



Esa noche comí con la gente de la aldea. Lo hacían todos juntos en el centro del poblado, sentados en círculo alrededor de una hoguera. Se reía, se cantaba y se bailaba...

Toma más vino, Nippur.



¡Canta algo, Alana! ¡Cántanos!



( Esperemos que al cantar sea más soportable que con su cháchara... )



Me sorprendió. Comenzó a cantar, despacio primero y poco a poco con voz más alta. No entendí muy bien su dialecto pastoril, pero comprendí que era una canción de amor.



Las mandíbulas se quietaron lentamente y todos los movimientos cesaron. Solamente Alana junto a la hoguera tenía vida. Su voz era ahora alta y traía ecos de épocas guerreras de su país.



Épocas olvidadas pero que son buenas para cantar a los niños que duermen...



Y luego calló y nadie dijo nada. El mejor homenaje a su canto fue el silencio respetuoso que lo siguió. Y yo comprendí otra cosa...

( Se debe estar muy solo del otro lado del precipicio. ¿Verdad, Boras? Y la voz de Alana en la noche te debe hacer soñar junto a tu ídolo negro y siniestro. )



( Sueños que no se pueden convertir en realidad ni con oro ni con la amenaza de tu dios. )



Ve a buscar más vino, Alana. Este ha desaparecido milagrosamente.



Voy.

¿Qué piensas de Boras, anciano?

¿Qué puedo pensar? Hay fuerzas nocturnas que lo ayudan. He visto a su dios de piedra negra moverse como un ser vivo, he visto a los que se burlaron de él amanecer con los rostros ennegrecidos...

( Astuto Boras. Usó veneno para los que reñan. Usó la montaña para ver llegar la tormenta y así predecir la lluvia. Astuto. )

Miren allá. Las antorchas del puente se han encendido.

Es verdad...

El puente colgante aparecía ahora espectralmente iluminado por antorchas encendidas que dejaban ver de trecho en trecho las siluetas de los guardias. Al fondo, el ídolo reflejaba el dibujo loco de las llamas. Y entonces oímos el grito.

¡Es Alana! ¡Se la han llevado!

¡El ídolo! ¡Ha despertado!

Llamas rojas surgían de los ojos y la boca del ídolo y por encima de la noche, de las antorchas y del terror de la gente que me rodeaba y que caía de rodillas o el grito...

¡Ven a buscar a la joven si la quieres, extranjero!

¡Voy!

Voy.

Voy.

¡Ah!

¡Toma!

¡Ahhh!



¡A él! ¡Hiérello en las piernas!

¡Cuidado!



¡Ah!



¡Ahhhh!



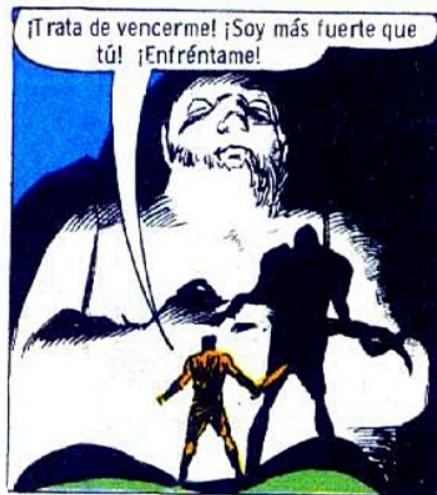
El puente se balanceaba espantosamente y tuve que aferrarme a él para conservar el equilibrio. Había sangre por todas partes cuando volví a avanzar hacia el ídolo.

Allá voy.



Nada veía que no fuera esa atrocidad brillante y llameante al final de mi camino. Mis sienas retumbaban como tambores de guerra...

Espera, ídolo de muerte. Aquí está Nippur...



¡Rata de vencerme! ¡Soy más fuerte que tú! ¡Enfréntame!



Un chirrido terrible me ensordeció y las enormes manos de piedra se alzaron mientras fuego y brasas eran vomitados por el dios...



Me salvé por poco...



Mientras las manos inmensas se alzaban otra vez, me abalancé contra el vientre de roca, palpándolo frenéticamente, rompiéndome las uñas, buscando... hasta que...

¡Aquí está!



Has llegado...

Sí. No me sorprendió tu farsa, Borras. He visto ya ídolos movibles en Egipto. Sé cómo se realiza la superchería. No te valió conmigo.



¡Entonces, tal vez esto valga!



¡Tampoco!

¡Ah!



Tampoco, Boras...  
Tampoco.



Busqué un hacha y una vez que la hallé subí por las escalinatas que llevaban hasta el rostro del monstruo y una vez allí...

¡Toma!



Recién cuando el rostro fue un montón de escombros me detuve y entonces vi que la gente del pueblo me observaba desde lejos, en silencio.

Ya no hay más ídolo, amigos. El ídolo ha muerto.



Eres un hombre extraño, Nippur. Luchas con los dioses y con la noche. No temes muerte ni errores. ¿Quién eres?



Me miraban con algo de temor. Dejé el hacha y al dios muerto y bajé. Tenía sed y quería beber algo.

(¿Quién soy? ¿Eso preguntó el viejo?)



(¿El? No. No es sólo él quien pregunta...)



(Yo. Yo le pregunto. ¿Quién es Nippur de Lagash?)



(Y yo contesto. Un hombre. Nada más.)

Fin